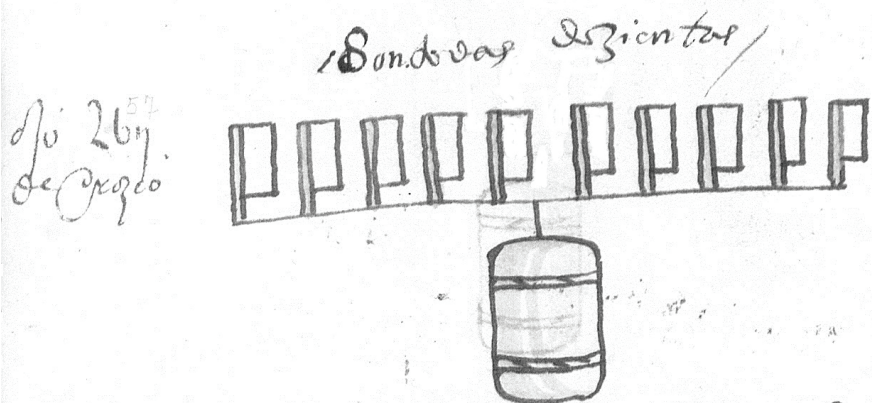


Cytenex. matlaetecpantli. y mo ma mato. y namotlax tlahmillo



Comandante al doctor horozco *oz de* diez cargas de sal.
de am. hanega cada carga. para reparar de incas. don
Quinesta. ma. y nifela. ampague. S

Entrada Libre

Historia del intelecto ruso

Isaiah Berlin

Éste es el texto introductorio al libro de Marc Raeff, *Russian Intellectual History: An Anthology*, Nueva York, Harcourt, Brace & World / The Russian Institute of Columbia University, The Harbace Series in Russian Area Studies, 1966. Traducción de Antonio Saborit.

LA OBRA BUSCA ARROJAR alguna luz sobre la historia intelectual rusa. Para el lector potencial, ¿qué es la historia intelectual? No es un concepto claro y que por sí sólo se explique. Términos como “historia política”, “historia económica” e “historia social”, por difusas que sean las fronteras, por mucho que se encimen, no resultan oscuros en el mismo sentido. Tales términos se refieren a los recuentos de lo que han hecho o padecido ciertos grupos más o menos definidos de seres humanos, a la interacción entre sus miembros, a los actos y destinos de los individuos que algo hicieron por modificar de formas específicas las vidas de sus contemporáneos, al re juego entre ellos y la naturaleza externa u otros grupos de seres humanos, al desarrollo de sus instituciones (legislativas, judiciales, administrativas, religiosas, económicas, artísticas) y de todo lo demás. De manera similar, la idea de una

Al final, aquí no se puede más que ensayar una aproximación general: por ideas generales nos referimos en efecto a las creencias, actitudes y hábitos mentales y emocionales, algunos de los cuales son vagos y sin definición, mientras que otros se han cristalizado en sistemas religiosos, legales o políticos, en doctrinas morales, puntos de vista sociales, disposiciones psicológicas y todo lo demás.

historia de las artes y las ciencias, a pesar de las numerosas dificultades que presenta en la práctica, en principio se entiende con facilidad: el concepto de una obra de arte o de un descubrimiento o invención científicos, y de las circunstancias en que se alcanzaron, es relativamente claro. Pero, ¿qué es la historia intelectual? ¿Una historia de las ideas? ¿Qué ideas y concebidas por quién? No de las ideas en cualquier provincia bien delimitada. Los recuentos de ideas matemáticas, filosóficas, científicas, estéticas, tecnológicas y económicas pertenecen a las historias de sus respectivas disciplinas “técnicas”. Sin embargo, es claro que la sola yuxtaposición o combinación de estas historias no da por sí sola una historia general de las ideas.

Dejando de lado este problema, concedamos, en beneficio del análisis, que sí es posible preguntar qué ideas y acaso, más vagamente, qué actitudes prevalecían en una sociedad concreta en un tiempo determinado; más aún, concedamos que es posible y de hecho tentador especular sobre la influencia de este o de aquel cuerpo de ideas en un particular momento de la historia de la sociedad en cuestión; además, que se puede discutir razonablemente que una particular escuela de pensamiento exagera o subestima la parte que representan las ideas en particular, o las ideas en general: que los idealistas o los marxistas o los positivistas estaban en lo cierto o que se equivocaron al suponer que una revolución o una guerra no se habrían dado, o que no habrían tomado la forma que tomaron de no haber sido por ciertos credos o formas de pensar en la mente de este o de aquel individuo, de este o de aquel grupo. Los historiadores, filósofos y sociólogos discuten sobre si tales ideas o actitudes son por sí mismas resultado de algún proceso no mental geográfico o económico o biológico, o al revés, que se trata de fuerzas independientes, que no se han de explicar cabalmente en términos de algo distinto a ellas mismas. ¿Cuál es el tema de semejantes especulaciones y desacuerdos? Si no es el de ideas específicas que pertenecen a disciplinas específicas, ¿entonces qué? El de las ideas generales, nos dicen. ¿Qué son las ideas generales? Eso es mucho más difícil de responder. Al final, aquí no se puede más que ensayar una aproximación general: por ideas generales nos referimos en efecto a las creencias, actitudes y hábitos mentales y emocionales, algunos de los cuales son vagos y sin definición, mientras que otros se han cristalizado en sistemas religiosos, legales o políticos, en doctrinas morales, puntos de vista sociales, disposiciones psicológicas y todo lo demás. Una de las cualidades comunes a tales sistemas y a sus elementos constitutivos es que, a diferencia de numerosas proposiciones científicas y de sentido común, no parece posible probar su validez o su verdad por medio de criterios definidos y acordados con precisión, o incluso mostrar que son aceptables o incepta-

bles por medio de métodos aceptados ampliamente. Lo más que se puede decir de dichos sistemas, así como de sus elementos constitutivos, es que se les ha de encontrar en el ámbito intermedio en el que esperamos hallar opiniones, principios intelectuales generales y principios morales, escalas de valor y juicios de valor, disposiciones mentales y actitudes individuales y sociales —todo lo que se reúne libremente bajo descripciones como “trasfondo intelectual”, “clima de opinión”, “costumbres sociales” y “perspectiva general”— aquello que en el lenguaje llano se llama (lo cual es parte de nuestra herencia marxista) ideología. Se trata de este ámbito más definido pero rico y sus vicisitudes que supuestamente describen, analizan y explican las historias de las ideas o las “historias intelectuales”.

La existencia de tales historias es por sí sola un síntoma y un producto del desarrollo de la conciencia humana, que por una parte ha generado distinciones en este ámbito —ideologías, puntos de vista, actitudes, mitos, racionalizaciones y cosas por el estilo— y por la otra, los reinos mejor ordenados que habitan los conceptos y las proposiciones de las ciencias y de las disciplinas más exactas y desarrolladas. La historia de las ideas, como una rama del conocimiento, nació en Italia y creció en Alemania (y en menor medida en Francia e Inglaterra) en el siglo XVIII. A su debido tiempo el interés en ella se extendió tanto por el oriente como por el occidente. En ningún país se dio un grado mayor de conciencia histórica o hubo una atención mayor o más intensa sobre los asuntos ideológicos que en Rusia en los siglos XIX y XX.

Es en ruso en donde con mayor frecuencia aparecen títulos como la “historia del pensamiento social” (*obshchestvennaia mysl*) o la “historia de la *intelligentsia*”. Otros países han dado historiadores de la cultura o de la civilización; Rusia es el hogar de la historia de las opiniones generales, de las creencias y de los puntos de vista generales de las personas con educación, a las que afectan los desarrollos de las artes y de las ciencias así como los fenómenos políticos, económicos y sociales, pero que no necesariamente están involucradas con ellas de manera profesional: Rusia es el hogar de la historia de los puntos de vista de los amateurs, no de los profesionales. Esto lo explican numerosas causas históricas: el aislamiento de la gente con educación en la Rusia zarista al comienzo del siglo XIX; el conflicto del carácter occidental de los estudios humanos con la realidad rusa; la coincidencia del surgimiento de Rusia como una fuerza mundial, debido al ascenso de las ideas románticas, en Alemania en particular; la decadencia de la religión entre las personas con educación y la búsqueda de un sustituto moral y espiritual; la represión gubernamental de la libre actividad política y social, y en consecuencia la forzosa canalización de la



Las innovaciones radicales se atribuyen bien a Platón y Aristóteles, Epicúreo y Euclides, a los autores del libro de Isaías y los Evangelios, del digesto romano y del Código Napoleónico, a Descartes, Kant, Marx, Darwin y Freud. Es indudable que estos hombres tuvieron sus predecesores y que las semillas de sus doctrinas se pueden localizar en otro lugar, sólo que sus formulaciones, llegaron a ellas como llegaron, son las que han hecho la diferencia crítica y son las que han afectado el pensamiento, los sentimientos y la práctica de una manera decisiva.

búsqueda de la expresión propia y de la individualidad —en especial en sus agudas formas rebeldes— en el ámbito del pensamiento, el cual, por esta razón, se convirtió en el opio del civilizado, su único sustituto, pálido como era, de la acción. Éste no es el lugar para discutir este amplio tema. Cualesquiera que sean las razones, no hay duda de que las ideas se tomaban más en serio y que desempeñaron un papel más amplio y más particular en la historia de Rusia, que en cualquier otro lugar. Por tanto, una antología de las ideas rusas puede explicar más sobre la conducta rusa que una compilación similar aplicada a otros pueblos. Y sin embargo aquí hay una paradoja, ya que muy pocas de estas ideas nacieron en tierra rusa.

Al llegar aquí es relevante repetir la segunda pregunta que se planteó antes: ¿qué pensamientos son el tema adecuado de la historia intelectual? Quizá sea una pregunta ociosa, una pregunta que además descansa en una vulgar idea falsa tanto del pensamiento como de la acción: tratar de identificar el origen exacto o la autoría de una creencia o de un ideal que ha desempeñado una parte en la historia humana. ¿Quién inventó la idea de la democracia? ¿O los derechos del hombre? ¿O el deber o el honor o la responsabilidad individual, o para tal caso, los perfectos números matemáticos, o la objetividad, o el progreso, o cualquiera de los demás conceptos y categorías que han dominado al mundo occidental? Aun así se pueden hacer algunas atribuciones. Los conceptos fundamentales de la teoría política occidental se desarrollaron en Grecia, no en India o Judea; lo mismo los de las ciencias matemáticas y naturales: los estoicos discutieron por primera vez la causalidad en el sentido moderno y ellos junto con los epicúreos fueron los primeros en discutir la solución al problema de la libertad de la voluntad. Una distinción clara entre la responsabilidad individual y colectiva se puede localizar en Jeremías antes que en cualquier otro lugar; el contraste entre el amor y la justicia como relaciones reguladoras entre los seres humanos no es de origen griego (pese a *Antígona*), mientras que la de la impersonal ley natural sí lo es, y así sucesivamente. Los nuevos comienzos sí existen, esto es, las ideas que transforman al pensamiento y a la acción. Las innovaciones radicales se atribuyen bien a Platón y Aristóteles, Epicúreo y Euclides, a los autores del libro de Isaías y los Evangelios, del digesto romano y del Código Napoleónico, a Descartes, Kant, Marx, Darwin y Freud. Es indudable que estos hombres tuvieron sus predecesores y que las semillas de sus doctrinas se pueden localizar en otro lugar, sólo que sus formulaciones, llegaron a ellas como llegaron, son las que han hecho la diferencia crítica y son las que han afectado el pensamiento, los sentimientos y la práctica de una manera decisiva. Tales identificaciones son aún más ciertas en el interior de provincias

específicas del pensamiento, incluso afuera de las ciencias naturales: Spinoza es el verdadero padre de la crítica superior, Montesquieu del método comparativo en la historia, Saint-Simon de la tecnocracia, y así sucesivamente.

¿Qué papel han desempeñado los rusos en este adelanto? Han aportado todo su genio en las matemáticas y en las ciencias naturales. Su logro político es de una magnitud única; sus novelistas del siglo XIX destacan sobre todos los demás; su talento musical sigue floreciendo en la actualidad en la tierra rusa: desde el principio del siglo XIX, Rusia no ha sido en ningún sentido un remanso cultural. Sólo que en el ámbito de las ideas generales su característica más destacada no es la inventiva, sino un grado único de receptividad a las ideas de los otros. Este rasgo ruso ha demostrado ser un factor relevante en el mundo moderno. El que la verdad objetiva existe, que se puede descubrir, y el que la vida, individual y social, se puede vivir a la luz de la verdad objetiva es una creencia más característica de los rusos que de cualquier otro pueblo en el mundo moderno. El sólo tomar las ideas con absoluta seriedad las transforma; éste es un corolario central de la perspicacia central tanto de Marx como de Freud en la unidad del pensamiento y de la práctica. Sin importar dónde hubiera podido nacer una idea, los escritores, artistas, críticos y la minoría educada en las capitales, así como un creciente número de rusos localizados en otros sitios, semi-educados, sinceros e idealistas, se empeñaron por descubrir la verdad a la luz de esa idea y por moldear sus vidas en consecuencia. Una capacidad para el razonamiento riguroso a partir de premisas que se creen ciertas, aún cuando lleven a conclusiones indigeribles, entusiasmo, integridad, coraje intelectuales, y la convicción racional de que sólo si un hombre entiende la verdad y vive según ella es capaz de ascender a su verdadera estatura y ser feliz, creativo, sabio y virtuoso; estas convicciones, heredadas de la Edad de la Razón, nunca las abandonó la sociedad de vanguardia rusa. Ésta es la fe que, para bien o para mal, le ha permitido mover montañas. Otros han inventado ideas o se han topado con ellas, las han gozado, les han puesto mucha atención o han jugado con ellas, las han concebido como expresiones de sus propias personalidades creativas y asertivas, o las han visto con distanciamiento científico como parte de su tarea profesional, al mismo tiempo que vivían sus vidas privadas e internas a veces en una provincia distinta y en otro nivel. Pero la *intelligentsia* rusa, o al menos aquellos de sus miembros que estamparon su sello en el desarrollo mental de Rusia en el siglo XIX (y en la Revolución rusa en el XX) fueron mucho más allá: la *intelligentsia* se hizo rodear de lo que creía cierto con un solo objetivo de por vida, rara vez visto fuera de la vida religiosa en Occidente. La *intelligentsia* no abarcaba a

El que la verdad objetiva existe, que se puede descubrir, y el que la vida, individual y social, se puede vivir a la luz de la verdad objetiva es una creencia más característica de los rusos que de cualquier otro pueblo en el mundo moderno.

toda la sociedad rusa educada —lejos de eso— pero constituía su elemento más activo. Tampoco en todos los casos llevó a la práctica cuanto profesaba (no hay un solo ruso educado al que haya que recordarle que dos de los más apasionados y eficaces enemigos de la servidumbre, Nekrasov y Turguéniev, de hecho no liberaron a sus siervos). Pero sus palabras inspiraron, en otros, actos de heroísmo y martirio.

La *intelligentsia* rusa predicó y practicó, sobre todo, la noción de la unidad inquebrantable de la naturaleza humana. La idea del profesionalismo —la división de lo que uno realiza como experto a partir de la propia actividad como ser humano, la separación del *métier* público de la vida privada, la noción del hombre como actor que ahora representa este papel, luego este otro— siempre ha sido más débil en Rusia que en Occidente. La diferenciación de funciones, la especialización, un bien cuidado sistema social en el que cada persona tiene su lugar y su momento, nunca ha sido una idea rusa central ni en la teoría ni en la práctica. Aún al principio del siglo XVIII, Feofan Prokopovich (el escritor que abre este volumen) no fue nada más obispo, administrador clerical y teólogo, sino también un reformador social y político y un educador. En cuanto a Lomonósov, ¿qué ámbito del desarrollo espiritual de Rusia consideraba ajeno a su persona? Poeta, físico, gramático, educador, compositor, administrador y sabio universal, el “Leonardo ruso” destaca justamente al frente de la extraordinaria procesión de personalidades múltiples que son características de la civilización rusa. No hay duda que en un país sin una verdadera tradición de saber escolástico, en la que a pesar de las herejías ocasionales y de la penetración de las ideas occidentales entre los vecinos inmediatos de la Polonia católica romana, no se dio ni un Renacimiento ni una Reforma, una pequeña elite de personas educadas se vio obligada a hacer todo por sus ignorantes hermanos. Novikov no fue un hombre de una gran fuerza intelectual, pero se volvió todo lo que quiso ser; no dejó sin desarrollar uno solo de sus dones intelectuales, artísticos o sociales. ¿En qué otro país los eminentes profesores de química o serios expertos en balística se volvieron renombrados compositores? ¿En dónde más los artistas se vieron (se ven) no como surtidores de objetos, por bellos que sean, sino como heraldos y como profetas, nada más porque les dio por hablar en público? En Rusia (¿y en dónde más en un grado semejante?) este sólo acto se concibe como la imposición en la elite de la tarea (de hecho, el sagrado deber) de decir únicamente lo que es cierto, o sólo lo que cree verdaderamente y está preparada para expresar y defender con su vida, de modo que cualquier intento por evitar esto, cualquier engaño o autoindulgencia, se ve como algo que no es nada más estéticamente falso, sino moralmente traidor.



Cada una de las figuras incluidas en este volumen tiene esta característica en algún grado. Si Shcherbatov no fue menos sincero y admonitorio que cualquier historiador europeo contemporáneo, y en particular un historiador alemán, Novikov fue un mártir del interés público. Fonvizin fue un viajero, un ensayista y más que nada un escritor de comedias satíricas cuyo propósito primordial era, si acaso, aún más patriótico y didáctico que el de sus pares en Occidente. Al famoso historiador Karamzin lo consumió la preocupación por el futuro de su país, para el cual el pasado, que él registró con enorme amor, trabajo y talento literarios, no era más que el noble comienzo. Él dio el tono al conservadurismo ruso tal y como Burke hizo lo propio por su prototipo inglés. Si bien las nociones centrales de estos dos fundadores pudieron tener su origen obvio en Francia y Alemania y en el mundo antiguo (con tributarios de Bizancio y la Iglesia Ortodoxa, en el caso de Karamzin), el énfasis en cada caso no fue sobre un relato verdadero de los hechos por sí mismos, sino sobre la aplicación de tales verdades al presente o el futuro inmediato. Fue este concernimiento moral y social el que le dio a sus ideas una influencia dominante sobre sus mismas generaciones y sobre todo el siglo XIX. Pnin es un ejemplo aún mejor de esta tendencia universalizadora. Él fue una figura bastante más pequeña que, digamos, Humboldt, pero sus metas no fueron menos amplias: toda su vida estuvo dedicada a traducir las ideas de la Ilustración para su uso en casa; esas ideas emergieron, como era de esperarse, transformadas drásticamente.

En cuanto a Chaadaev, el profesor Raeff nos ofrece la notable “Carta filosófica”, cuya originalidad no consistió en que presentara nuevas ideas, lo que es suficientemente característico, sino en que echara en cara a su país su inferioridad intelectual ante Occidente, que careciera de algo propio que fuera auténtico u original. El ataque de Chaadaev, con su deificación de las tradiciones, ideas y civilización occidentales fue clave para el posterior “pensamiento social” ruso. Su importancia fue enorme. Estableció el tono, pulsó las notas dominantes que más adelante repetirían todos los grandes escritores rusos hasta y después de la Revolución. Todo está ahí: la proclamación de que el pasado ruso está en blanco o bien lleno de caos, que la única cultura verdadera está en el Occidente romano y que el Gran Cisma privó a Rusia del derecho de nacer y que la dejó en la barbarie, como un aborto del proceso creativo, una advertencia para otros pueblos, un Calibán entre las naciones. También aquí está la extraordinaria tendencia hacia la autopreocupación que caracteriza a la escritura rusa mucho más que a la de los alemanes, de donde surge principalmente esta tendencia. Otros escritores, en Inglaterra, Francia, hasta en Alemania, escriben

El ataque de Chaadaev, con su deificación de las tradiciones, ideas y civilización occidentales fue clave para el posterior “pensamiento social” ruso. Su importancia fue enorme. Estableció el tono, pulsó las notas dominantes que más adelante repetirían todos los grandes escritores rusos hasta y después de la Revolución.

Frescos y fuertes, los rusos podrían sacar ventaja de las invenciones y descubrimientos de los otros sin tener que pasar por los tormentos que han asistido las luchas por la vida y la civilización de sus mentores.

a sus anchas sobre la vida, el amor, la naturaleza y las relaciones humanas; la escritura rusa, incluso cuando más en deuda está con Goethe o Schiller o Dickens o Stendhal, es sobre Rusia, el pasado ruso, el presente ruso, los prospectos rusos, el carácter rusos, los vicios rusos y las virtudes rusas. Todas las “mal-ditas interrogantes” (como Heine fuera quizás el primero en así llamarlas) en Rusia se transforman en los notables *proklyatyte voprosy*: interrogantes sobre los destinos (*sud’by*) de Rusia: ¿de dónde venimos? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Por qué somos como somos? ¿Hemos de enseñarle a Occidente o aprender de él? Nuestra “amplia” naturaleza eslava, ¿es superior en la escala espiritual que la de los “europeos”, una fuente de salvación para toda la humanidad, o sólo una forma de infantilismo y barbarie destinada al reemplazo o a la destrucción? El problema del “hombre superfluo” ya lo tenemos aquí; no es accidental que Chaadaev fuera amigo íntimo del creador de *Evgueni Oneguin*. No menos característico de este condición mental es la especulación en sentido inverso de Chaadaev (no incluida en este volumen) que también iba a tener una carrera en escritos posteriores, en la cual él se pregunta si los rusos, que han llegado tan tarde al banquete de las naciones y siguen siendo jóvenes, bárbaros y no puestos a prueba, por tanto no derivan ventajas, acaso fabulosas, sobre sociedades más viejas y más civilizadas. Frescos y fuertes, los rusos podrían sacar ventaja de las invenciones y descubrimientos de los otros sin tener que pasar por los tormentos que han asistido las luchas por la vida y la civilización de sus mentores. ¿No podría existir una enorme ganancia positiva en haber llegado tarde al terreno? Herzen, Chernyshevskii, los marxistas y los antimarxistas, habrían de repetir esto con un fabuloso optimismo. Pero el asunto central y más trascendente siguió siendo el planteado por Chaadaev. Él preguntó: ¿quiénes somos y cuál debe de ser nuestro camino? ¿Contamos con tesoros únicos (como lo sostenían lo eslavófilos) preservados para nosotros por la Iglesia, la única verdaderamente cristiana, que los católicos y los protestantes han perdido o destruido cada cual por su parte? Aquello que Occidente desprecia como burdo y primitivo, ¿es en efecto una fuente de vida, la única fuente pura en el decadente mundo postcristiano? O, al revés, ¿tiene Occidente la razón, al menos parcialmente: si algún día hemos de decir nuestro propio verbo y desempeñar nuestro propio papel y de mostrar al mundo el tipo de pueblo que somos, no deberíamos aprender de los occidentales, adquirir sus habilidades, estudiar en sus escuelas, emular sus artes y ciencias y acaso también los lados más oscuros de sus vidas? Las líneas de batalla en el siglo subsiguiente permanecieron donde las trazó Chaadaev: las armas eran ideas que, cualesquiera que fuese su origen, en

Rusia se convirtieron en asuntos del mayor interés —en ocasiones de vida y muerte— como nunca lo fueron en Inglaterra o en Francia, o, a tal grado, en la Alemania romántica. Kireevskii, Jomiakov y Aksakov (por citar nada más a los incluidos en este libro) dieron una respuesta, Belinskii y Dobroliubov otra, Kavelin una tercera.

Las ideas viajaron provenientes de Occidente y, transmutadas por la lógica y la pasión rusas, adquirieron una influencia que habría sorprendido a algunos de sus autores. La *intelligentsia* rusa se crió con las doctrinas, movimientos y acontecimientos de Occidente; el escepticismo, el materialismo científico y el positivismo franceses del siglo XVIII; el historicismo, el romanticismo y el idealismo alemanes; los principios y dogmas de la Revolución Francesa y sus secuelas; la nueva organización racional que creó Napoleón; las revoluciones europeas de los primeros años del siglo XIX, para las cuales Francia actuó como modelo; las utopías de Saint-Simon, Fourier, Owen, Cabet, Leroux; los contraataques de Maistre, Bonald, Schelling; la destrucción de la metafísica de parte de Comte, Feuerbach, Strauss; las doctrinas sociales de Sismondi, Mill, Spencer y los darwinianos. Todos tuvieron sus discípulos fervientes en Rusia. Dostoievsky fue enviado al exilio por leer la célebre filípica de Belinskii (incluida en este volumen), la cual, a su vez, era expresión del radicalismo democrático que, en todas partes del mundo civilizado, invitaba a la revuelta en nombre de la razón, la justicia y la libertad del hombre. Este fue el credo en cuyo nombre, no muchas semanas después de la muerte de Belinskii, estallaron las revoluciones en todas las grandes capitales del continente europeo. Las preocupaciones intelectuales de los pensadores occidentales —las relaciones de la mente con el cuerpo, de la verdad científica con la verdad moral, del individuo con la sociedad, los patrones de la historia, las metas hacia las cuales debiera (o se le obliga a) marchar (a) la humanidad, el tema de la libertad y el determinismo, de la cultura y las masas, de la primacía de los factores económicos *versus* los factores políticos—, estos asuntos fueron temas de gran preocupación para las mejores mentes de Europa. Sin embargo, aunque no dejaron de tener influencia en la práctica, para la mayoría siguieron siendo temas de la teoría. Pero para los radicales rusos y sus adversarios conservadores fueron asuntos de la mayor urgencia, causas por las que los hombres estaban preparados para arriesgar su futuro y su vida, tal y como después lucharon (y murieron) por o en contra el populismo o el marxismo, o en nombre de alguna de las variedades de estos credos en contra de otra. El lector de *Padres e hijos* de Turguénev —y hasta cierto punto de *On the Eve* y *Virgin Soil* también— se ve en un mundo descrito y en buena medida

el doctor q'sada



condenado por Chernyshevskii y Dobroliubov, Kavelin y An-nenkov. Nada así existió en Occidente; la absoluta y directa, en ocasiones fanática, dedicación intelectual y moral de la *intelligentsia*, su pureza de carácter y su decidida búsqueda de la verdad, y el horror con el que veía cualquier alejamiento de la integridad —colaboración con el enemigo, ya fuera el Estado o la Iglesia u otros poderes oscurantistas—, son probablemente únicos en la historia humana. Si no se entiende lo anterior, no se comprenderá debidamente la posterior historia de Rusia, no sólo la intelectual sino también la historia social, la historia económica y la historia política.

La historia del desarrollo de estas características psicológicas es otro cuento. Baste decir que las semillas del marxismo aquí cayeron en el suelo más fértil que se podía imaginar; y su crecimiento lo alentó un estado de ánimo de firme renuncia al mundo y una apasionada fe social que no se veía en Europa desde los jacobinos, acaso desde los puritanos.

Pero identificar esta actitud con la opinión rusa culta en general sería distorsionar gravemente los hechos. Pues esta actitud no fue característica de ningún ruso nacido antes del siglo XIX —en las primeras décadas del siglo XIX el arte y el pensamiento rusos tuvieron mucho más en común con los movimientos contemporáneos en Occidente de lo que con frecuencia se cree—. Cuando Merimée tradujo la prosa de Pushkin, o cuando Pozzo di Borgo describió a Chaadaev como “*un Russe parfaitement comme il faut*”, estos descubrimientos habrían sido una fuente de sorpresas en Occidente, pero no deberían. Toda vez que la sociedad en Petersburgo y en Moscú (el mundo que describe Guerra y Paz) era altamente civilizada según cualquier patrón occidental, y la literatura y el arte rusos de principios del siglo XIX fueron en buena medida su expresión directa. Por el contrario, Bazarov en *Padre e hijos* de Turguéniev es, sin la caricatura, el retrato estilizado y exagerado del “hombre de los sesenta”, y Pisarev, quien reconoce orgullosamente su parentesco con Bazarov, predicó una forma cruda y violenta del positivismo que se hizo menos característica hacia el final del siglo. Chernyshevskii, Pisarev, Tkachev y Nechaev representaron las cumbres del dogmatismo apasionado y estrecho el cual, junto con la obsesiva e igualmente excéntrica visión de Dostoievsky, y los estudios sobre la futilidad de Chéjov, contribuyeron a la imagen notoriamente sintética del “alma eslava” que con tanta frecuencia se toma erróneamente en Occidente como la realidad.

Durante los dos reinados que precedieron a la Revolución los líderes de la *intelligentsia* rusa, tanto los radicales como los moderados, los marxistas y los anti-marxistas, y los escritores y los



artistas que pertenecían a su mundo, no carecieron ni de un amplio saber ni de una imaginación equilibrada ni de juicio crítico ni (aunque muchas veces se les ha acusado de eso) de un sobrio sentido común. Quien dude de esta proposición debe alejarse del *¿Qué hacer?* de Chernyshevskii o de la *Destrucción de la Estética* de Pisarev y volverse hacia las artes y letras, y aún más a la literatura social y política, de los años que precedieron y a los años inmediatamente posteriores a la abortada Revolución de 1905. Esta “Edad de Plata” de la cultura rusa —en los ámbitos de la ciencia (incluidas las ciencias sociales) y las humanidades así como el del arte puro— es parte y parcela de un gran desarrollo europeo y no el logro particular de una civilización distante, bárbara, exótica y desigual.

Los últimos ensayos que se incluyen en este libro son obra de una generación posterior y más escéptica. Dos de ellos son exposiciones clásicas de la visión que de sí misma tuvo una generación en la parte de la *intelligentsia* rusa desilusionada (y en particular exponen el notorio cisma que separó a las personas con educación de las que carecían de ella), privada de la “conexión” orgánica de los educados con la sociedad a la que criticaban y buscaban conducir, y que los hizo incapaces de influir en los acontecimientos. La última pieza, el canto del cisne de la vieja *intelligentsia*, asume la forma de una correspondencia entre un famoso y añoso crítico y su amigo y contemporáneo, un muy dotado, civilizado e influyente poeta simbolista, sobre el desmoronamiento del mundo en el que ambos crecieron. El crítico, Mijail Gershenzon, judío, confiesa estar deshecho por el enorme peso del pasado sin olvidar, sin sepultar —el peso de la tradición resulta demasiado pesado para aquellos que, para bien o para mal, están enclavados en la cultura hebraica y en la occidental con su obsesivo sentido de la historia. El poeta, Viacheslav Ivanov, quien habla como una “Hellene” y heredera de Bizancio, busca una síntesis del clasicismo y de la cristianidad clásicos, de Dionisio y Cristo, por medio de la cual el individuo, cuando no las masas, se pueda transformar y salvar. Éste es el documento final, fascinante y trágico de una civilización en decadencia, subyugada por un cataclismo que en parte es de su propia factura, que de manera consciente aleja la vista de las “nuevas playas” hacia las cuales la sociedad posrevolucionaria habría de dirigirse a todo vapor. Es el punto de vista social y político de esta civilización, y el impacto de Occidente en ella durante los dos siglos que precedieron la colisión de dos mundos que en nuestro tiempo hizo época (por una sola vez esta expresión conserva su sentido literal), colisión que este libro trae a colación de un pasado medio olvidado.

Esta “Edad de Plata” de la cultura rusa —en los ámbitos de la ciencia (incluidas las ciencias sociales) y las humanidades así como el del arte puro— es parte y parcela de un gran desarrollo europeo y no el logro particular de una civilización distante, bárbara, exótica y desigual.